

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 3032

PRECIOS DE SUSCRICION.

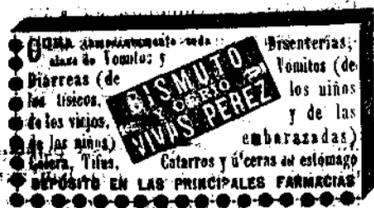
Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16.º de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEBAS 4.

Viernes 7 de Setiembre de 1888



Desvaneciéndose todas las esperanzas que hiciera concebir la ciencia médica puesta en su auxilio, y las ilusiones halagüeñas que despertaba su juventud y que alejaban el temor de un siniestro desenlace, ha fallecido, víctima de rápida enfermedad, á las nueve y media de la mañana de hoy, la Sra. doña María de los Dolores Rolandi y Butigieg, la joven y virtuosa compañera de nuestro muy queridísimo amigo el reputado médico D. Antonio Oliver.

Muy pocas veces ha dado Cartagena un testimonio más vivo de interés y de afecto hacia determinada persona, que el concedido á la moribunda esposa de nuestro amigo. En todos los círculos se oían acentos de conmiseración y de simpatía hacia la joven enferma, y por todas partes se veían asediados los médicos encargados de su asistencia por las personas que forman el círculo inmenso de las amistades de las familias de Oliver y de Rolandi, preguntando todos si restaban esperanzas de salvación para la enferma, llenándose de lágrimas los ojos de todos al oír la descripción tristísima del cuadro que presentaba la habitación de la moribunda, donde se veía en primer término la figura doliente y apurada de aquel que con su ciencia devolvió á muchos la vida próxima á escaparse, y que no conseguía con toda esa ciencia ni con la de sus compañeros disputar á la muerte la existencia de aquel dechado de virtud y de belleza que agonizaba en el lecho del dolor, oyéndose lejano el tierno vajido de un ángel recién venido del cielo, que lloraba en su cuna la partida próxima de su madre, la partida de quien estaba llamado á ser el Ángel de su guarda.

D. Antonio Oliver había conseguido entrar en el recinto de la felicidad, al unir su vida á la de su prima D.ª María de los Dolores Rolandi, y ambos esposos esperaban el momento en que esa felicidad llegase á su goce más supremo y más delicado, con la venida de un ángel que trajese un nuevo perfume del cielo para embalsamar aquel hogar que era un edén sobre la tierra. Pero el nacimiento de aquel niño, adorado antes de nacer, al poner sobre la frente de la esposa la aureola bendita de la madre, puso también en el espíritu de ésta las alas que el niño traía, y la venida de un

ángel del cielo á la tierra, no ha servido para otra cosa sino para que una santa mujer, un ángel de la tierra se remonte al cielo.

Reciba nuestro amigo, reciba toda la desconsolada familia de la finada nuestro más sentido pésame, pues la redacción de EL ECO DE CARTAGENA se asocia como toda la Ciudad, y se asocia de todo corazón al dolor inmenso que los aflige.

ECOS DE MADRID.

6 Septiembre de 1888.

La muerte de Rafael Calvo ha impresionado vivamente á sus admiradores y á sus amigos.

Aunque se ha encanallado el arte teatral—el adjetivo es duro, pero para hablar con propiedad hay que emplearle, aunque el arte que ilustraron no hace muchos años Matilde Díez y Julián Roman, Teodora Lamadrid y Joaquín Arjona está atacado del flamenquismo que como epidemia social va destruyendo todo lo bueno, todo lo noble y todo lo bello, la verdad es que en nuestro país la afición al teatro es grande y que en medio de los ataques de la epidemia reinante hay muchas naturalezas que resisten y rinden culto al verdadero arte.

Claro es que para los que encuentran sublime cualquiera de las revistas ó zarzuelas que sirven los centros al pórtico, la pérdida de Calvo no tiene trascendencia.

—Un actor menos! pueden decir, según las habaneras, los tangos y los complets desvergonzados!

Pero no sucede lo mismo á los que conservan la tradición, á los que amantes de la literatura dramática y del arte escénico, ven que los buenos actores desaparecen sin que acudan otros á reemplazarlos.

Nos quedaban en primer término como artistas escénicos de primer orden, Calvo y Vico. No es ésta la ocasión ni tampoco es de mi competencia juzgar el juicio público. Espectadores, autores y lo que es más significativo, actores contemporáneos señalaban á Calvo y Vico con Elisa Mendoza Tenorio como las tres figuras principales del arte dramático, del mismo modo que consideran como verdaderas notabilidades en la ejecución de la comedia á María Tubau, Matilde Rodríguez, Balbina Valverde, Mario, Mata y Julián Roman.

Así es que en estos pocos artistas se concentra el cariño del público, y por lo tanto, no es extraño que la pérdida de Calvo haya producido tan honda sensación.

Después de haber sufrido muchas amarguras, todo le sonreía. En su último viaje á América, había alcanzado honra y provecho. Podía luchar contra la indiferencia y el mal gusto de las masas, sacrificando á la gloria la fortuna; podía ser en mayor escala lo que siempre había sido, providencia de su familia; podía luchar el porvenir de sus hijos, abriéndole ancha senda en la vida. Y todo ha desaparecido al influjo de una de las más terribles enfermedades de la viruela!

Su fortuna bien administrada podrá seguir favoreciendo á los suyos, su nombre respetado quedará como uno de los más gloriosos en la historia del arte contemporáneo, pero ya no despertará en sus admiradores aquel entusiasmo frenético que les hacía sentir, ni sus amigos oír aquellas ilustradas conversaciones, aquellos pensamientos originales y profundos con que amenizaba su trato.

Mucho valía en la escena el artista; pero mucho mayor aun era el mérito del hombre, como padre, como hermano, como amigo.

Por desgracia, aunque los grandes actores se van, los dramas y las tragedias se repiten, y los intérpretes bajo el punto de vista de la perversidad, rayan á gran altura.

Deberían los fisiólogos y los moralistas detenerse un poco á estudiar esos estados patológicos que producen con tanta facilidad los espantosos crímenes que deberían sorprendernos, pero que no nos sorprenden por la frecuencia con que se repiten.

En Alicante es asesinado un médico al entrar en su casa, por un loco que acto continuo se hace justicia levantándose la tapa de los sesos. El asesino es un antiguo amigo de la víctima, y el móvil del crimen el despecho, porque el médico tenía en su casa y cuidaba cariñosamente á una joven emparentada con él y sobrina del matador, quien le había mortificado constantemente con su carácter discolor.

En Galicia un cura y un vecino suyo salen á paseo y en medio del camino que de pronto sobre el eclesiástico su acompañante navaja en mano, y le acribilló á puñaladas.

En Madrid dos dependientes de consumos matan á un joven y hieran gravemente á otro. Cuando no es la ira ó la venganza ó la codicia las que premeditan y ejecutan los crímenes, es la fatalidad la que produce víctimas.

El otro día se suscitó una riña, acurrieron á tiempo los agentes de la autoridad; á uno de los beligerantes se le ocupó una pistola; el superior dio orden á uno de los agentes para que disparara el arma, y éste obedeció con tanta torpeza que hirió á uno de los guardias que estaba á su lado.

Precisamente el herido había comenzado á desempeñar su cargo aquel mismo día!

El fresco—porque este año se ha anticipado el otoño—tráe á Madrid á los viajeros que no se han dado cita en Barcelona. Estos últimos retrasarán su regreso. De todos modos, la animación renace en la corte. Buena falta hace! La falta de gente y la saba de barbarie, nos hacía suponer que vivíamos en Marruecos.

Julio Nombela.

Varietades.

CARTAGENERISMO.

Aunque la vida es amena, divertida y juguetona en esta gran Barcelona, no te olvido Cartagena.

Tus adelantos no alcanzan ciudad alguna española: no hay en tí una cosa sola que no merezca alabanza.

Tus calles que están, así como Dios las echó al mundo, hasta en el sueño profundo las contemplo desde aquí.

Rectas y de buena anchura, y sembradas de adoquines que para futuros fines cubren masas de basura,

por ellas corren á cientos ambulantes vendedores que con voces de tenores preguntando van, *¿pimientos?*

Hay quien no llevando pitimia y con un aplomo extraño, vende melones de año y la sardina legitima; y en el barullo que fragua tan constante algarabía,

hay quien lleva una sandía y grita... *melón de agua.*

En bonitos carretos que arrastran no puede un toro, va el balancín como el oro, y van los malacatones, y el acachalante, *¡zapachón!* á las muchachas sencillas para que compren *criadillas* y *bajocas de sin hebra.*

Sobre las frescas verduras, *nispolas* van, sin temor de que olvide el vendedor el llamarlas *toas mauras.*

En Septiembre, es de notar fruta que aquí en Barcelona no vi, y allá se pregona *Ginjoles para velar.*

Esta tierra es un edén, mas con la rancia costumbre que á mi me da pesadumbre, de barrer las calles bien.

En el verano reniego de esas costumbres añejas; las calles nuevas ó viejas siempre están llenas de riesgo.

No hay vendedores que van de casa en casa, cargados: en espaciosos mercados todas las cosas están.

No hay sardinas de camelo: ni bajocas, ni criadillas ni tantas otras cosas que nacen en aquel suelo; y si la sardina es chica, por su bien ó por su mal, no dicen, lo natural: *aladroque y sardínica.*

Con el lenguaje no puedo, y que me confundía es luego: el que habla aquí en castellano llama al *abonico*, queda, á las *parallas*, *rodillas*, á los *pesoles*, *guisantes*, y á lo que ahora y luego y antes ahí, allá y en las Antillas ha sido y será *margual*, desde el humilde al señor llaman aquí *soplador* como cosa natural.

Entre tantos mil detalles de aquí, cuyo fin no pesco, es uno, tomar el fresco sin hacer corro en las calles.

Vivese de antigüedades en este pueblo insensato; en fin, aquí, del ornato cuidan las autoridades.

El alcalde, que no en battle lo elige, su posición, cuida de la población sin olvidar que es alcalde.

Ese sanfeyon de ahí disfrazado de abandono es de mucho mejor tono y me agrada más á mí.

Un buen alcalde á mí ver; dele para sí decir: yo cómo para vivir y vivo para comer.

Filosófica teoría que allí ó donde saiga el sol, ostenta todo español si sube filosofía.

Ciudad donde yo nací en la puerta del Cristo bulandime del vecino que se barbaba de mí.

Ciudad, donde hegué á ser notable, en cluse de vago, la vida de más alhago